

otros; y de cualquier modo os pediría que obrarais tan razonablemente, que fuerais tan rectos, tan sensatos como debe serlo todo operario inglés. Mostrad que podéis apreciar cuándo sois bien tratados, que podéis apreciar á aquellos que se dan molestias para poderos hacer bien, y tened cuidado, no sea que por falta de simpatías, hagáis que se retiren del comercio los mejores patrones, y sólo queden aquellos que son despóticos y tiranos. No sigáis á aquellos que sólo están impulsados por el interés propio, ó por un ciego ímpetu, á quienes no se les da un bledo ponerlos en dificultades, con tal que ellos sean servidos en sus fines egoístas. Esos hombres sólo son ciegos corifeos de los ciegos, y si los seguís, os veréis al fin abandonados, y metidos sin esperanza y sin amparo en el último foso."

De nada sirvió esto. Los salarios de los operarios subieron un veinte por ciento, y con eso concluyeron los dividendos. Continuó la carestía del carbón. Los patrones, en vez de hacer ganancias, tenían inmensas pérdidas. El precio del hierro bajó. Las fábricas no trabajaron durante dos meses. El resultado fué que la primera vez que volvieron á reunirse los patrones con los operarios en un *meeting* público, informó Mr. Waterhouse, director encargado de la revisión de cuentas, que "mientras que el total de ganancias del año ha excedido el gasto hecho en material, sueldos y gastos del negocio, han sido insuficientes para cubrir toda la cantidad que debe tenerse según el plan cooperativo para los intereses sobre el capital, depreciación y reserva para las deudas incobrables, y que en consecuencia tenía el deber de declarar que por el presente no había cantidad alguna para pagar como dividendo ni á los patrones ni á los empleados." No se dió más informe en 1875, exceptuándose un anuncio en que se decía que no había dividendo, y que la casa ya no seguiría con el mismo sistema cooperativo. Mientras duró, habían recibido los empleados unas ocho mil libras esterlinas en dividendos.

Después de eso ha anunciado sir José Whitworth su intención de dar á sus operarios un dividendo sobre sus gananc-

cias, pero las bases de la división no han sido dadas á conocer aún. Al saber los propósitos de sir José, le escribió el señor Carlyle la siguiente carta:

"¡Pluguiera al cielo que todos los capitanes de la industria de Inglaterra tuvieran en sí un alma como la vuestra! En este momento me parece muy animoso el aspecto de Inglaterra, poniéndose cada vez más anárquica la cuestión del capital y el trabajo, sin solución ninguna con las opiniones que hasta ahora se le han aplicado, siendo bastante probable que un día surja en petróleo, á no ser que otro evangelio que el de la *Ciencia Aciaga* venga á iluminarla. Dos cosas me parecen ciertísimas. La primera es que el capital y el trabajo jamás querrán ó podrán convenirse entre sí hasta que en primer lugar se resuelvan ambos á hacer su labor íntegramente en todo y como hombres de conciencia y de honor cuya más elevada mira es conducirse como ciudadanos leales de este universo, y obedecer á los eternos mandamientos del Dios Todopoderoso, que los ha hecho. La segunda cosa, es un asunto más triste aún que el de la huelga del carbón, ó cualquiera otra huelga imaginable, es el hecho de que (hablando algo libremente) podemos decir que toda Inglaterra ha resuelto que el modo más ventajoso es hacer el trabajo mal, con negligencia, á la ligera y fraudulentamente. ¡Qué contraste entre el presente y unos cien años atrás! En esta última época se despertaba toda Inglaterra para ir á su trabajo, haciendo una invocación al Eterno Creador para que los bendijera en su labor del día y que les ayudara á hacerla bien. Ahora, toda la Inglaterra, almaceneros, operarios, toda clase de trabajadores que compiten, se despiertan con una plegaria no hablada pero bien sentida para Belzebú: ¡Oh, gran Señor de Borrás, Adulteración y Maltrabajo, ayúdanos á trabajar con el máximo de engaño, de chapucería, ganancia y fraude, por amor del demonio! ¡Amén!"

Afortunadamente, no hay mucha verdad en esta carta, ni en la *plegaria sentida* al Señor de Borrás. El muy honorable Mr. Förster debe saber algo sobre el capital y el trabajo, y

en un *meeting* reciente del *Cobden Club*, dijo " que frecuentemente se les decía que tenían una guerra en sus fronteras entre el trabajo y el capital, pero como persona que daba trabajo desde que había llegado á la virilidad, se limitaría á decir que jamás había conocido una época en que los patrones y sus empleados hubieran estado en mejores términos."

El difunto sir Francisco Crossley observó que había en el continente muchísimo malestar insensato. Algunos sostenían que era malo para los operarios vender su trabajo al mejor precio, pero hay que tener presente que su trabajo es lo único que pueden vender, y lo mejor que se podía hacer era dejar que las cosas siguiesen su curso natural. Era un gran error, de parte de los patrones, suponer que el trabajo evaluado más bajo era siempre el más barato. Si no hubiera tanto deseo en bajar el precio del trabajo y los patrones manifestáran un espíritu más conciliador, habría menos huelgas y menos exco-

tos también.
" ¡ Qué contraste entre el presente y unos cien años atrás! " Ciertamente que existe un grandísimo contraste. Ahora cien años no era Inglaterra un país fabril. Importábamos casi todo, excepto trigo, lana y lino. Importábamos la mayor parte del hierro que necesitábamos de España, Suecia, Alemania y Rusia. Importábamos nuestra loza de Holanda, nuestros sombreros de Flandes, nuestras sedas de Francia, nuestros paños y alfombras de Bélgica. Nuestras fábricas de algodón de lana y de lino, nuestras manufacturas de máquinas, apenas se podría decir que existían. El carbón se conseguía difícilmente, porque las minas de carbón no se podían conservar libres de agua.

Ahora cien años, no podíamos construir una máquina de vapor, apenas podíamos construir un puente. Ved las iglesias edificadas hace cien años, y considerad las condiciones de nuestra arquitectura. Ahora cien años, habíamos descendido á la más humilde condición como nación. No teníamos un puerto, no teníamos un astillero. El sistema más vasto de robo prevalecía en el río Támesis. En los caminos, tales como

eran, pululaban los salteadores, y se cobraba la contribución *black-mail* (1) por los montañeses á los labradores de los valles, hasta mediados del siglo pasado.

Ahora cien años, nuestros buques eran endebles, estaban tripulados por presos sacados de los pontones, ó por operarios tomados de leva de día claro en las calles. Cuando Jaime Watt estaba aprendiendo su oficio de fabricante de instrumentos en Londres hará cien años, apenas si se atrevía á salir á paseo por temor de que lo cogieran por la fuerza y lo enviaran á la India ó á las plantaciones de América. Hace menos de cien años que eran esclavos los mineros de carbón y los salineros de Escocia. No hace cuarenta años trabajaban todavía las mujeres y los niños en las minas de carbón. Á buen seguro que no nos pondremos de rodillas y no hemos de rogar por la restauración de las cosas horribles que existían hace cien años.

Ahora cien años, era tratada Holanda como país conquistado; y ahorcar y fusilar rebeldes era cosa frecuente. La escuadra del Norte se amotinó; y el motín fué sofocado con derramamiento de sangre y ejecuciones. Pueblos y ciudades pululaban de malhechores; y las diversiones brutales y el lenguaje soez existían en un grado espantoso. Los criminales eran ahorcados en Tyburn, cinco ó seis á la vez. Existían horcas en todos los caminos que cruzaban el país. El pueblo era ignorantísimo y completamente abandonado. Prevalcía el escepticismo y la irreligión hasta que Wesley y Whitfield se levantaron para protestar contra el formalismo y el ateísmo. Fueron apedreados con huevos podridos, palos y cascotes. Un predicador metodista fué arrojado á latigazos de Gloucester.

Ahora cien años, estaba en muy bajo nivel la literatura. La prensa se hallaba en una condición miserable. ¡ Guillermo Whitehead era poeta laureado! ¿ Quién le conoce ahora? Gibbon no había escrito su *Decadencia y Caída*. Junio era el escritor

(1) *Black-mail*, cierta suma de dinero, trigo, ganado, ú otra cosa, que se pagaba antiguamente en Inglaterra y al sur de Escocia, á ciertos hombres que estaban unidos con los ladrones, para verse libres de todo pillaje.

popular. Se rendía culto en sus cartas á la corrupción política. Las clases superiores eran groseras, ebrias y de malos modales. Los medios principales para entrar en el Parlamento eran el cohecho y la corrupción en grande escala. Mr. Dowdeswell, individuo del Parlamento por el condado de Wórcester, dijo en la Cámara de los Comunes: "Habéis expulsado á un individuo por causa de impiedad y obscenidad. ¿Cuál es la media docena de miembros de esta Cámara que alguna vez se reúnan al rededor de una botella para beber alegremente, y cuyo lenguaje sea completamente libre de obscenidad, de impiedad ó de injuria contra el gobierno?"

Aunque la embriaguez es ahora bastante común, hace cien años era infinitamente peor. El tablero de los taberneros anunciaba: "Aquí podéis embriagaros por un penique, ser borracho perdido por dos peniques, y tendréis paja limpia de balde." La embriaguez era considerada como un vicio viril. Beber mucho era la moda de la época. Hombres que se bebían seis botellas abundaban. Hasta se conocían sacerdotes ebrios.

¿Cuáles eran las diversiones públicas del pueblo ahora cien años? Consistían principalmente en combates de hombres, peleas de perros, riñas de gallos, combates entre perros y toros, sacadas de tejones, la picota, el azotar público y las ejecuciones públicas. Mr. Wyndham justificó el rufianismo del Ring en su asiento en el Parlamento, y lo presentaba como una escuela en que los ingleses aprendían el empuje, el brío, y el arte viril de la defensa propia. Los combates de perros de presa contra los toros eran quizá más feroces que el pugilato por dinero, aunque Wyndham lo defendía como *calculado para estimular el noble valor de los ingleses*. El toro era atado á un poste en la plaza pública ó en la cancha de toros (aun se conserva el nombre en muchos pueblos), y allí era acometido por los perros de la localidad. Dificilmente se puede concebir lo salvaje de esta diversión, las mutilaciones de los animales, las imprecaciones de la chusma, peor que las bestias, la ferocidad y la borrachera, la blasfemia y los indecibles horrores del espectáculo. El espíritu público de la época actual se su-

bleva completamente ante semejante brutalidad. Sin embargo, hace menos de cien años — el 24 de mayo de 1802, — que se perdió en la Cámara de los Comunes un proyecto de ley para la abolición del combate entre perros y toros, por sesenta y cuatro votos contra cincuenta y uno, sosteniendo Mr. Wyndham que las carreras de caballos y la caza eran más crueles que los combates entre toros y perros de presa ó el pugilato por dinero!

Hace cincuenta años que la picota era una de nuestras instituciones honradas de la época, y los hombres y las mujeres solían ser expuestos allí por faltas ó delitos, que una sabia legislación se esforzaria en esconder ante el examen público. Las escenas repulsivas que tenían lugar entonces, cuando se reunían los hombres, mujeres y niños en tropel para arrojar toda clase de cosas á los culpables, eran tan repugnantes, que no se pueden describir. No menos impropios eran los azotes públicos que entonces se administraban á las mujeres en compañía de los criminales más viles. Las abominaciones y obscenidades públicas de los *buenos tiempos antiguos* podrían muy bien haber deshonrado á la época de Nerón.

Pero han desaparecido los combates de toros y perros, las riñas de gallos y otras diversiones feroces. Hasta los cepos de las aldeas se han podrido. La embriaguez se ha hecho deshonrosa para todos. Los *buenos tiempos antiguos* se han ido, y esperamos que para no volver jamás. El operario tiene ahora otros recursos además de la taberna. Hay exposiciones y parques públicos, buques de vapor y ferrocarriles, cafés y gabinetes de lectura, museos, jardines y conciertos baratos. En lugar de las antiguas diversiones repulsivas, hay ahora una vida más sana y un espíritu más humano. En cien años hemos dejado atrás á muchas de nuestras tendencias salvajes. No somos un pueblo menos valiente, porque seamos menos brutal. Somos tan viriles, aunque menos toscos. Los modales están más refinados, sin embargo, como pueblo no hemos perdido nuestro empuje y nuestro brío, nuestra energía y nuestro sufrimiento. Nos respetamos más, y como nación hemos llegado á ser más

respetados. Ahora pensamos con rubor de las costumbres de hace cien años.

Las cosas realizadas y de que Inglaterra tiene sobrada razón de estar orgullosa, han sido llevadas á cabo durante los últimos cien años. Los esclavos ingleses han sido manumitidos, tanto en la madre patria como en las colonias. Las levas han sido suprimidas. El derecho de la representación parlamentaria ha sido concedido á todas las clases del pueblo. Las leyes de Granos han sido abolidas. El comercio libre se ha establecido. Nuestros puertos están ahora abiertos á todo el mundo.

Además, ¡ ved todo lo que han realizado los inventores ! Jaime Watt inventó la máquina de vapor, lo que en pocos años creó un gran número de industrias nuevas y dió ocupación á un inmenso número de personas. Enrique Cort inventó el procedimiento de la descarbonización del hierro fundido, y puso á Inglaterra en condiciones de poderse bastar con su propio hierro, en vez de depender de países extranjeros y quizá hostiles. Todos los arsenales y puertos al rededor de la costa inglesa han sido formados durante el siglo presente. El buque de vapor, el ferrocarril y el telégrafo sólo han sido inventados y aplicados durante los últimos cincuenta años.

Con respecto al cargo hecho contra los operarios ingleses sobre el engaño, chapuceria y fraude de su trabajo, es imposible que sea así. Nuestros puertos están libres y abiertos para todo el mundo, y si los franceses, alemanes, belgas ó americanos pudieran hacer un trabajo mejor que los ingleses, no solamente cesaríamos de exportar, sino que también perderíamos nuestro tráfico interior. El extranjero es libre para poder vender más barato que nosotros en nuestros propios mercados, si es que puede hacerlo.

Se estableció el comercio libre en la perfecta confianza de que los ingleses eran los operarios mejores y más honrados del mundo. Si alguna vez llegáramos á ser un pueblo chapucero en sus fabricaciones, es probable que sea abolido el comercio libre, y entonces impondremos contribuciones prohibitivas sobre las fabricaciones extranjeras. ¿ Pero no es un hecho que

cada año ve un aumento en la exportación de mercaderías inglesas, que el trabajo inglés no es considerado como el peor, sino el mejor, en los mercados del mundo, y que numerosos fabricantes extranjeros ponen una marca inglesa sobre sus productos para poder asegurar su venta ?

Por medio de operarios ingleses y de herramientas y máquinas inglesas se han establecido las fábricas en el continente, y, con todo, á pesar de su trabajo más barato, predominaríamos en los mercados extranjeros, si no fuera por los derechos prohibitivos que los extranjeros imponen á las fabricaciones inglesas. Dice Mr. Brassey en un libro sobre *Trabajo y Salarios* : " Puede afirmarse que los ingleses no son superados como mecánicos prácticos. La presencia del ingeniero inglés, representante solitario del genio mecánico de su país, en medio de una tripulación extranjera, es un recuerdo familiar para todos aquellos que han viajado mucho en los vapores del Mediterráneo. Dice el cónsul Léver, que en el vasto establecimiento de los Lloyds Austriacos, en Trieste, están empleados un número de ingenieros mecánicos ingleses, no solamente en los talleres, sino como ingenieros de navegación en la flota de la compañía. Aunque no hay dificultad para sustituir á estos individuos con suizos ó alemanes, con sueldos menores, han establecido por completo su superioridad, la uniforme exactitud de los ingleses, su inteligencia y su consumada maestría en todos los detalles de su arte y sus recursos en todo caso de apuro (1). »

Los ingleses son también los mejores mineros, los mejores fabricantes de herramientas, los mejores fabricantes de instrumentos, los mejores trabajadores para terraplenes, canales, etc., los mejores constructores de buques, y los mejores tejedores. Dice Mr. Brassey que durante la construcción del ferrocarril de París y Rouen, fueron empleados lado á lado franceses, irlandeses é ingleses. En la misma cantera en Bonnières, recibían los franceses tres francos, los irlandeses cuatro y los

(1) *Trabajos y Salarios*, pág. 114.

ingleses seis, y se vió que estos últimos eran los operarios más ventajosos entre los tres. La superioridad del operario inglés sobre el de otras naciones ha sido igualmente notable quiera que ha habido una oportunidad de emplearlos frente á frente.

No hay duda alguna respecto de la *prontitud* del trabajo de manos iglesas. Pero éste es uno de los méritos de la mecánica inglesa. Observa Mr. Julio Simón que hasta ahora había sido el trabajador manual una fuerza inteligente, pero por medio de la maquinaria ha sido convertido en un director inteligente de la fuerza. Por medio de la rapidez de la maquinaria inglesa y la inteligente prontitud de los operarios, es como su patrón obtiene una ganancia, y ellos mismos salarios tan elevados si se les compara con los operarios del continente. En Francia se ocupa una persona para atender á catorce husos, en Rusia una para cada veinte y ocho, en Prusia una para treinta y siete, y en la Gran Bretaña una para setenta y cuatro husos. Por medio de la rapidez de nuestra maquinaria podemos traer el algodón de la India, emplearlo en Mánchester, volver el artículo manufacturado al lugar de donde fué sacado, y venderlo á un precio más bajo que la zaraza fabricada allí.

Mr. Chadwick refiere el hecho siguiente. “Una señora esposa de un eminente fabricante de cotonía, se le aproximó un día llena de contento, llevando en la mano un pedazo de muselina, presentándolo como producto de la India, que había comprado en Londres, y mostrándosele, le dijo que si él producía una manufactura como ésa, haría algo realmente de valor en el arte de hilar. Lo examinó él, y vió que era el producto de sus propios telares, cerca de Mánchester, hechos exclusivamente para el mercado de la India, comprado allí y vendido en Inglaterra como excelente producto indio (1).”

Un informe anual se envía al Gobierno por nuestros cónsules en el extranjero, con referencia al carácter y condición de

(1) Conferencia sobre Economía y Comercio Libres, por Edwin Chadwick, C. B., en la Sociedad para el Adelanto de la Ciencia Social, en York, 1864.

las clases trabajadoras en la mayor parte del mundo civilizado. Mr. Wálter, individuo del Parlamento, se refirió á uno de estos informes en una conferencia dada á una reunión de operarios. Decía así : “ Hay una observación, en particular, que ocurre con lamentable frecuencia en todo el informe, que, con pocas excepciones, parece que el operario extranjero no toma interés en su trabajo, ni (para usar una expresión significativa) que coloca su reputación en él. Un caso excepcional de esto se refiere de un país que generalmente constituye una honrosa excepción á esta regla desgraciada. La Suiza es un país célebre por su educación y sus relojes, sin embargo, el pasaje siguiente de la memoria demostrará que ni el saber ni la habilidad son suficientes sin la práctica de aquella cualidad más elevada de que he estado ocupándome. “ Como regla general, dice el informe, son los obreros suizos competentes en sus diversos oficios, y tienen interés en su trabajo; porque, gracias á su educación superior, aprecian debidamente las ventajas pecuniarias para sus patrones, é indirectamente para ellos mismos, de adherirse estrictamente á este modo de ser. Un caso que llama la atención sobre la inconveniencia de obrar de otra manera ha ocurrido últimamente en San Imier, en el Jura bernés, y produjo honda impresión. En este distrito, ha tenido lugar durante varios años una gran decadencia en la calidad de los relojes que se fabricaban, debido á que los habitantes encontraban mucho más ventajoso aumentar la producción á costa de la perfección del trabajo, en vez de continuar con las reglas antiguas del negocio. Prosperaron más allá de toda previsión por bastante tiempo, pero al fin adquirieron tan mal nombre sus relojes, que llegaron á ser invendibles, y el resultado ha sido una bancarrota general de casi todos los relojeros de ese distrito. ”

Sin embargo, queda, por decir una cosa de los obreros extranjeros en general. Aunque no trabajan tan firmemente como los ingleses, tienen mucho más cuidado con sus ganancias. Son extremadamente frugales y económicos. Los franceses son mucho más sobrios que los ingleses, y tienen mejores

modales. En un todo son mucho más previsores que los obreros ingleses. Dice Mr. Brassey que cuando se dió principio á las obras del ferrocarril de París á Rouen, trataron de introducir los contratistas un sistema por el cual fueran pagados los operarios cada quince días; pero al poco tiempo de haber principiado este método, pidieron los franceses que el pago se les hiciera una vez al mes.

Mr. Reid, administrador director de la línea, dijo á la comisión de operarios de ferrocarriles de la Cámara de los Comunes, que un trabajador francés es una persona mucho más independiente que un inglés, y mucho más respetable. Expuso, en apoyo de su opinión, esta notable circunstancia, que, mientras un trabajador francés deseaba ser pagado solamente una vez al mes, el trabajador inglés quería ser pagado cada sábado por la noche, y al miércoles siguiente ya deseaba algo á cuenta del trabajo de la semana. *Nada puede ser una prueba mejor*, dijo el señor Reid, *de la respetabilidad de un operario que el poder seguir sin su paga durante un mes* (1).

Aunque el operario francés no tiene nada que se parezca á las facilidades para ahorrar que tiene el inglés, asegura el *Journal des Débats*, que economiza diez veces más que su rival. En Francia no hay establecidos sino unos mil bancos de ahorros y sucursales, y á pesar de eso han depositado en ellos el año pasado dos millones de personas, pertenecientes á las clases más pobres, unos veinte y ocho millones de libras esterlinas. Pero el francés de la ciudad prefiere colocar su dinero en rentas del gobierno, y el francés del campo prefiere colocarlo en tierras. Sin embargo, todos son económicos, ahorradores y frugales, porque están educados en la economía desde sus primeros años.

(1) Tomás Brassey, M. P., *Sobre Trabajo y Salarios*.

CAPÍTULO XII.

GASTAR MÁS DE LO QUE SE PUEDE.

De ningún modo contraigas deudas: toma tus medidas. Quien no puede vivir con veinte libras esterlinas al año, no lo puede con cuarenta; es un hombre dado á los placeres, una especie de cosa que en sí misma es demasiado cara. JORGE HERBERT.

¿Pero qué dirá la señora Grundy? COMEDIA ANTIGUA.

¿El sí ó el no, son, para el bien ó el mal, los gigantes de la vida. JERROLD.

Cien años de disgustos no pagarán un centavo de deuda. (Del francés).

Las apariencias están muy bien para personas que puedan adquirirlas por dinero efectivo: pero estar obligado á contraer deudas por ellas, es lo suficiente para despedazar el corazón de un ángel. JERROLD.

La prodigalidad es el pecado que predomina en la sociedad moderna. No está confinada en las clases ricas y los capitalistas, sino que se extiende á las clases media y trabajadora.

Jamás ha existido antes un deseo tan ardiente de hacerse rico ó de parecerlo. Las personas ya no se satisfacen con las ganancias de un trabajo honrado, sino que tienen que aspirar á enriquecerse con prontitud, por medio de la especulación, del juego, de las apuestas, de las estafas ó trampeando.

El despilfarro general se ve en todas partes, y especial-